

Changmarín



Las Mentiras Encantadas

Cuentos



Editorial Universitaria
Panamá, 1997

**AUTORIDADES DE LA
UNIVERSIDAD DE PANAMÁ**

Dr. Gustavo García de Paredes
Rector

Dr. Rolando Murgas Torrazza
Vicerrector Académico

Dr. Gustavo Arosemena Grimaldo
Vicerrector de Investigación y Postgrado

Dr. Justo Medrano V.
Vicerrector de Extensión

Lic. Egbert Wetherborne
Vicerrector de Asuntos Estudiantiles

Mgtr. Gloriela H. de Rengifo
Vicerrectora Administrativa

Mgtr. Miguel Montiel Guevara
Secretario General

Changmarín

Las Mentiras Encantadas



**Editorial Universitaria
Panamá, 1997**

Las Mentiras Encantadas

© Editorial Universitaria, 1997.

Estafeta Universitaria.

Panamá, República de Panamá

Tel. 264-2087

Fax. 269-2684

© Changmarín

Director: Dr. Pablo Armuelles

Editora: Mary Rosas Bader

Supervisora de Ediciones: Prof. Efigenia Cedeño G.

Levantado de texto: Prof. Ernestina de Lamar

Prof. Efigenia Cedeño G.

Corrección del texto: Rogelio Reyter Vogel

Ilustraciones interiores y portada: Changmarín

Diseño y diagramación: Licda. Dafne Ramírez A.

Aprobado por el Consejo Editorial Universitario.

Primera Edición, 500 ejemplares.

Impreso en los Talleres de la Imprenta de la Universidad, 1997.

Las Mentiras Encantadas

El mundo de las mentiras encantadas
y la vida cotidiana

DEDICATORIA

*A mis hijos:
LIA, ABRIL, CELESTE Y RENE*

INDICE

Prólogo

Cuentos para ser contados.	
Pedro Rivera.....	11

CUENTOS

Vivir de cuentos y morir sin cuento.....	13
Caballomar.....	21
Pablo Angeles.....	29
Gallofuego.....	37
La abuela del Tigre.....	49
El congo Pajarité de mala muerte.....	59
Los infundios sobre el amor y la muerte del dotore Ciprián Virola.....	69
La muchacha de los ojos redondos y los cabellos largos.....	77
Miedo de verla.....	85
El extraño suceso de la Segunda Guerra Mundial en un pueblo de Panamá.....	101
El tremendo susto de la bella Iguandili.....	119
El perro Tigre.....	137

Estos sí no son "cuetes".. ¡carajo!.....	147
Escuela Técnica, Padre Sinforoso Fonseca.....	159
Huevos de caballo fino.....	171
GLOSARIO.....	181

PRÓLOGO

Cuentos para ser contados

Pedro Rivera

1

Dicen que los personajes de los cuentos tienen mucho del autor. Algo de Juancuento, en el buen sentido, tiene Changmarín porque desde hace mucho anda con su saco inflado, desparramando historias, poemas, "tallas" -diciéndolos, escribiéndolos, dejándolos escurrirse como pájaros- para que otros, como sus décimas, puedan apropiárselos y contarlos más adelante y, por esa vía, sustentar una cultura y la tanta identidad que se nos escapa.

Éstos, los de este libro, son cuentos de nostalgia, fronterizos con el mito, la leyenda y ¡válgame dios! el compromiso. Escritos -como todo lo suyo- premunido del deber para consigo mismo y para con sus semejantes. Datados en diversos momentos, incluso con distancias de más de 25 años -la mayoría de 1983- son cuentos para contar y tienen atributos que le son propicios al saqueo popular; podría, la mayoría de ellos, circular de boca en boca y convertirse, como ya lo son sus décimas, en literatura oral, anónima, aquella que cuenten los pocos abuelos que sobrevivan a la comunicación electrónica.

2

El pretendido examen sociológico-histórico --por el tipo de herramientas que manejan sus cultores, por su propio método-- frecuentemente se distancia de lo íntimo, de lo cotidiano, y deja, en consecuencia, de considerar como bueno un factor que contribuye a determinar el rumbo de los acontecimientos históricos: el ser humano, subjetivo y protagónico. La literatura, con frecuencia, llena este vacío. Hace posible el acceso a un mundo más complejo

e integral. La realidad que se asume, desde la fantasía, desde la fabulación, en manos maestras, como lo hace Changmarín en estos cuentos, no sólo es legítima sino más eficaz en la relación autor-lector porque --a diferencia del enfoque sociológico o histórico-- presupone un auténtico y profundo buceo a la psique colectiva y, en esa misma medida, a la verdad, a la verdad humana.

3

En la vida cotidiana encontramos seres de carne y hueso que tienen un poco de Malanga, algo de Pablo Ángeles y sus verdugos, remedos de Robustiano "Ñano" San Clemente y, ¿por qué no?, mucho mucho de Iguandili. ¿Acaso el escritor no trata de realizar por vía de la literatura las fantasías de su remota infancia, sus alegatos ideológicos, sus derrumbes existenciales y también sus moralejas ciudadanas? Por eso me resulta tan clara la intención de estos textos, limpios, directos, detrás de cuyos linderos mágicos, resplandece la realidad con pelos y señales. No conozco nada de Changmarín que no tenga una motivación moral, militante, trascendente a la escritura en sí.

Es por eso que Changmarín con toda autoridad puede afirmar que todavía hoy, como en los tiempos de Tata Candelario Sires, "To' animal, to' bicho, to' sapo jablare" y al hacerlo queda en evidencia.

VIVIR DE CUENTOS Y MORIR SIN CUENTO

El último "tallista" que fue visto por aquellos rincones del mundo pequeño y que también por cuentero le apellidaban Juancuento, era el "mestro" Pérez, Juancuento Pérez, nacido por los lados de Canchalarga. Era el único que todavía por los rumbos polvorosos y fríos de las estribaciones de la cordillera azul y las mesetas yermas del verano vivía, nada más, de echar cuentos, legítimamente, según su tradición, estirpe y talante.

Ochenta o noventa años... ¡quién sabe!.. añales de vivir de cuentos. Dicen que Juancuento nació en un piñuelar y al principio los lugareños creyeron que se trataba de un duendecillo o diosito bajado de las nubes con el aguacero; manado del cielo, como las sardinas manadas. Y lo de duende era por los ojos chelos, o sea azulísimos. Individuo huérfano, pero hecho gente humana, anduvo de muchacho, de un lado a otro, rodando tierra sin palenque fijo, y así empezó el oficio de cuentero. Se alojaba en donde lo cogía la uña de la noche y de este modo Juancuento se volvió cuentista de profesión, "tallista" de fama, de lo cual comió, bebió, gozó de hermosas mujeres, propias y ajenas y también murió, como se verá al final de estas tallas, o sea de andar con la carga de cuentos encima.

Según se publicaba en los caminos, No Juancuento era un caballero de buen tamaño, flaco encorvado, de cabellera blanquísima, de guabo florecido; más bien de piel blanca que trigüeña; de nariz grande y aguileña, ojos chicos y azules, boca grande, llena de dientes afilados, a la moda de los indios gnobes. Usaba sombrero amarillo de junco, generalmente viejo y roto; una

varilla, como bastón y un saco de henequén repleto de cuentos. En aquel percutido saco cargaba Juancuento su viaje de cuentos y en las noches, sentado en banquetas y banquillos de viejos cedros, después de prender la pipa, sorber el ánima del tabaco y expeler las bocanadas de humo, entre blanco y lila, con sus manazas de tigre abría el misterioso saco de henequén con sumo cuidado y algo de magia, para que no se le fueran a escapar todos los cuentos, y poco a poco los echaba, a veces, hasta la celestura del amacer, hasta las primeras claridades del día, especialmente, en los velorios de los difuntos. Después de lo cual, y con gran maestría, volvía a meter, uno a uno, los cuentos en el saco; lo amarraba con hilo de pita, y según el clima de verano y los buenos tiempos, o de los inviernos cumplidos en aguaceros fríos, allí mismo se acomodaba en el portal, colocaba el saco, inflado de cuentos, como almohada y se dormía acurrucado, con las manos entre los muslos, y la cálida colección de sus mentiras encantadas.

Cuando amanecía siempemente en aquellas ajenas casas, de mañanita, la dueña lo despertaba más o menos con esta buena costumbre: - "Buenos días, Ño Juancuento. Venga a desayunar, que bien ganado se lo tiene".

Le ofrecían la rebosante y perfumada totuma de café, según fuera la casa o la choza. El no tenía reparos sociales, ni diferencias en aquel mundo de antes, y al terminar el café, si no tenía dulce, porque la gente fuera tan miserable que careciera de miel o raspadura, entonces Juancuento argumentaba de este modo su agradecimiento: - "No ve, señora, así es como me gusta el café, sin dulce, completamente, para sentirle el propio amarguillo de la cereza, y no como en aquellas casas, en donde le dan a uno la toma con tanto almíbar, que ya aquello no es café, sino como decir miel, azúcar, nada más... y muchas gracias a su merced, niña, hasta luego".

Pero cuando amanecía en otro lugar y le ofrecían el café dulzón, entonces la canción variaba: - "Mire, doñita, éste su café sí es verdaderamente café bueno... ¿no? Bien endulzado y no como esas

viviendas en donde sirven un cafecillo, oiga, sin dulce y réqueteamargo que no es decir café, sino zurrapa"...

Y así solía ser Juancuento de agradecido y buena gente.

Sin embargo el hombre tenía sus enemigos. Había quienes, en las rozas y parcelas afirmaban que dios dejó este mundo para trabajar y si bien había ricos y pobres, y unos estrujaban a los otros, pues eso era así, por cosas del destino. Pero Juancuento era el colmo, porque jamás había agachado el lomo, ni cuando era muchacho, ya que siempre se le conoció como haragán, con la fama de los cuentos y de andar de un caserío a otro, de un pueblo a otro vagando y comiendo en mesa ajena. Para algunos vecinos, trabajar era joderse de sol a sol y no amanecer en el jorón, o en la hamaca y menos en soluciones con mujeres propias o ajenas. Al hombre macho, de verdad, el día lo topaba en el terreno, con la mocha en la mano, cutarra en tierra; gritando, salomando, "socolando" la vida y no como Juancuento, quien jamás sembró un grano de maíz, de arroz, un frijol; sino que había sido un verdadero gandul, o séase, un fantasioso, cuentero, con su saco de tallas, de casa en casa, comiendo de los demás. Eso se decía..

Era cierto que Juancuento parecía un cristiano de otro mundo. ¿De dónde habría salido con los ojillos azulencos, si el resto de aquella humanidad, era sumamente chola y solamente el "tallista" tenía el cuero blanco y los ojos azulitos? Eso era parte de la fama del viejo mágico, quien además poseía oraciones y fórmulas especiales para conseguir amores, para olvidar padecimientos, para dañar a los enemigos, hasta con la misma muerte... Se comentaba.

Pero decían las viejas, que en su juventud le habían amado, que Juancuento era como un ángel lindísimo, caído de los cielos, pero sin alas, y por eso se cayó, y todo lo malo que de él se decía era por envidia de algunos hombres y por bochinches de mujeres desechadas a quien Juancuento nunca quiso consolar.

Juancuento, toda su vida, fue soltero, y como andaba de aventura en aventura, de camino en camino, de casa en casa, según lo agarrara

la noche, la lluvia o el calor, pues se acostaba- era un decir- con la primera dama que diera lugar y accediera, por su cuenta y deseo, porque, el cuentero no era enamorado, sino que de él se enamoraban, por ser tan caballero y buen mozo.

Desde luego, Juancuento, como no trabajaba la agricultura, se quedaba de día por la vecindad; visitaba las casas, le ofrecían asiento y café; sacaba la vieja pipa y prendía el tabaco y le daba rienda suelta a la lengua. Y como los hombres se iban, desde la madrugada, a las tareas del monte, quedaba él solito calentándole las calenturas a las mujeres que se dejaban, o aguaitándolas por los pozos y quebradas, aunque no las correteaba, sino que las mismas mujeres lo perseguían a él. Sin embargo, también se dijo que Juancuento no había tenido nunca un amor, y que esos tales infundios amorosos y excesos del "tallista" de lo cual hablaban los malhablados, también eran historias o cuentos que guardaba el viejo en su antiguo saco de henequén.

Desde luego, hay que tomar en consideración que para los días de antaño, de antañísimo, no había sino apagadas y pobres guarichas, velas, cera de abeja, o pabilos embarrados de cera, los cuales se adherían, como decir, en las soleras de los ranchos y allí la lucecita iba subiendo hasta apagarse, dando saltitos medio azules y medio verdes. Pero cuando salía la luna, entre la negrura de los árboles, con su gran lamparona redonda...éste era el momento cumbre del «tallista», porque bajaba la mano para soltar el saco de tallas, chistes y cuentos; uno por uno los iba echando al vuelo como pájaros y según la hora y la reunión, allí había argumentos y fantasías para cada quien..y el público, risa con él. Juancuento relataba con palabras tremendas y llenas de sal y vida que si las peleas y contradicciones entre Tío Conejo y el Tío Tigre; que si Pedro Animal; que si Flor María y el Rey; que si de los Doce Pares de Francia, y esto lo relataba en décimas; que si de la Tulivicja que ahogó, en la quebrada, a su hijo recién nacido y por eso andaba ahora por allí bujeando y mugiendo por los arroyos y charcos, eternamente, y que si del

chivato, que se vuelve perro negro; o la carretilla, la silampa. En fin, narraba de la realidad y de la mentira, de los hechos de la Guerra de los Mil Días y sobre Victoriano Lorenzo, y de las ficciones, las abusiones y los fantasmas.

En eso de contar no paraba Juancuento, era como un tren de palabras y un cuento jalaba otro y una talla otra talla, y en eso, el mundo de la noche se desenrollaba con sus estrellas fugaces, sus neblinas, sus pájaros nocturnos que a veces rajeaban pavorosamente, y ésta era la velada, el concierto, el discurso y la gracia de Juancuento.

Desde luego, al día siguiente, la clientela le agradecía. Cuando Juancuento llegaba a una nueva casa lo saludaban así:- "Buenos días, ño Juancuento, lo estábamos esperando. Dijo mi esposo que no se vaya, que esta noche tiene chicha y vendrá mucha gente. Por favor, arrímese usted, pruebe estos corozos con miel, este dulce de naranja agria con sus tajaditas de queso blanco, que yo hice ayer. Y además me dijo el señor que le preguntara si prefería, para almorzar, chicharrones o mejor, unas presas de gallina, hechas en adobo y arrocito blanco."

Y claro, mientras los demás agricultores trabajaban, Juancuento se favorecía con los variados manjares y todas las sabrosas comidas, además de ropa limpia, pantalón remendado... Una que otra mujer dadivosa y coqueta, adormecida por la mirada hipnótica y llena de azul de la sierpe humana del mestro Juancuento- decía la gente- quedaba encantada y el hombre la desencantaba sin cuento alguno. Vivía de cuentos.

Pero todo esto ocurrió en otras edades, cuando Juancuento era joven y después, en sus días de hombre maduro pues ahora andaba en los ochenta, y al igual que a todos los viejos y los curas de esa edad, no se les ve el diablo escondido, y aparecen con la fachada de santos apóstoles. Santo, eso sí, era Juancuento, con su pelo de guabo florecido, blanquísimo.

Hay que añadir que, pese a las andanzas del cuentero, cuando era joven, no se le conoció, por aquellas comarcas hijo alguno,

porque de seguro- decían las gentes- habría salido el niño con los ojos azules, ya que por aquellos polvorosos, secos y agrios alrededores no había nadie más con ojos de esa rara pinta, y como queda apuntado ¿quién sabe si los famosos amoríos, con las tales mujeres no fueron, sino habladurías de las aldeas... los puros cuentos, las puras tallas campesinas, las puras mentiras encantadas?

Sin embargo, la clientela principal, eran los niños. Ellos adoraban al viejo cuentero, como si fuera una tienda llena de luces y juguetes y les maravillaba el saco lleno de cuentos, porque suponían que estaba repleto de pájaros de raros colores y cantos misteriosos. No más abrir el saco y salían los reyes, las princesas, los demonios, los ángeles y duendes, las tacitas de oro, los rayos y centellas... ¡Qué suprema magia!

Pero bueno- tal como lo afirmaba el propio Juancuento- "todo es y no es, a la misma vez"... Todo cambia de parecer y realidad, en las bolina del tiempo. Pues vino el camino carretero, después la negra línea del teléfono, de poste en poste, a veces llena de pájaros changos o golondrinas pescueciazules. Aparecieron las tiendas de los chinos, olorosas a cebollas y ajos y llenas de papeles de colores y de cohetes chinos. Más tarde llegaron, por primera vez los carros, como bestias de hierro, pero con pitos y luces, y con los automóviles, las "chivas", los buses y los camiones. Esto todavía no era nada; resultaba bueno y resultaba malo, pero la cosa se complicó cuando los ingenios azucareros, acabaron con los trapiches y las raspadoras, y la gente, por miles, emigraron a cortar caña, ganar salarios y pegarse terribles jumas con una chicha llamada cerveza. Todo eso era bueno y era malo-solía meter tales ideas en los cuentos, el hombre de los ojos azules- Y por último acudieron los radios, las noticias, las músicas. Pero el acabóse fue cuando, al fin, llegó la televisión. Esta caja sí le metió miedo a Juancuento, pues había un rico hacendado cafetalero, el primero en llevar a la montaña una televisión de batería...¡qué lindo!... El patrón cobraba dos reales a los campesinos, por el derecho de ver las funciones y los anuncios, con música, colores y mujeres casi peladas. Y había trabajadores

del campo que caminaban dos y tres horas para conocer la nueva magia y seguir los capítulos de las novelas.

Y ocurrió que con estos cambios, ¡quién sabrá porqué!... al mismo tiempo que estas máquinas llegaban, los pájaros abandonaban los parajes; los muleros, las iguanas, los venados, las culebras y hasta las mariposas. Entonces ya no llovía como antes y vinieron sequías largas y pavorosas; los caminos eran más polvorientos, ocre y calientes; ni las chigarras cantaban en los veranos; ni grullas, ni garzas ni pericos cruzaban los cielos. Pero los sábados y domingos, los trabajadores de las zafras de los ingenios de azúcar, se emborrachaban en las cantinas de los pueblos, y a veces, hasta se mataban a puñetazos y a puñaladas, por cosas de mujeres vagamundas y de unos reales más o menos y pleitos nuevos, nunca antes vistos. Con estos vendavales llegaron los policías, los maestros y las civilizaciones- que se dice-. Los ricos se hacían más ricos, y en menos tiempo y los pobres más desgraciados, igual en menos tiempo. Era el progreso. Esto resultaba bueno y malo.

Y por cuestiones de los diablos o de los ángeles por las estribaciones de la cordillera y los senderos reseco los trabajadores del campo empezaron a criar unas reuniones que llamaban Ligas Campesinas, y así cortaban alambres y se remontaban cuando los pelotones de policías los buscaban. Las gentes de por allá no llegaban a entender que los liguistas pidieran y gritaran: ¡tierra!... si eso era lo que sobraba en el mundo, y la vista no podía completar el fin de esa curvatura en todas las lejanías; pero los muy tercos gritaban: ¡tierra...tierra!

Y en este andar nadie supo, en esa tierra de repente, ¿qué le pasó a las noches, a las lunas, a los luceros y qué se había hecho ño Juancuento..

Tal vez sería que Juancuento, desde luego, ya estaba sumamente añoso y no alcanzaba a andar de a pie y le espantaban los carros; porque, además, los choferes cobraban la subida y la bajada, y todo se puso en la ruta, que si usted no tenía un real no comía, ni nadie le daba nada por nada, ni los meados para remedio.

Puestas así las nuevas realidades, dicen que un día iba el "mestro" Juancuento por un retorcido y viejo camino, lleno de polvo con su saco de henequén, percutido y lleno de cuentos, y agotado se recostó debajo de un arrugado árbol, para reposar un trecho y se quedó muerto... Alguien, al pasar lo saludó:- "Buenas tardes tenga usted ño Juancuento...¿está descansando?-" Y oyó cuando Juancuento le habría respondido:- "Buenas tardes, amigo, realmente estoy descansando."- pero ya era difunto.

Allí quedó, como si tal... Sucieron los días y las noches secas y cálidas, por aquel camino lila y morado de antiguas arcillas, con las cuales los primeros hombres tejieron las cazuelas, y al no acudir gente ninguna, bajaron los gallinazos, le sacaron la tripa al cuentero y por allí lo empezaron a comer, hasta cuando nada más quedó el cuero seco, la cáscara de quien en vida se llamara Juancuento y además, el montón de cuentos chillando adentro del saco.

Ningún gallote osó romper el misterioso saco y los cuentos, en el interior parecían muertos de susto y producían un runruno de cigarras atormentadas.

Y dicen que después de algunos años, por aquel solitario lugar pasó un niño, quien andaba a la caza de pájaros; iba con una jaula y al ver la cáscara humana, y a su lado aquel bulto sonoro, se dijo:

- " Voy a abrir este saco, para ver qué tiene"--...

Lo abrió y ¡ zas!....salieron miles de pájaros de colores...

Santiago de Veraguas, octubre, 1983.

CABALLOMAR

Esa tarde marina y dominguera los chiquillos, desde un arrenal de la playa, se asustaron al mirar algo horroroso, sobre el barullo y la bolina de las olas verdes y blancas, era como un pulpo azul o un enorme pez sierra.

- ¡ No...no es un pulpo!...
- ¡ Es un monstruo negro!..
- ¡ Echa fuego por las narices !...
- ¡ Chapalea !...

Solamente al negro Malanga se le ocurrió la aventura de llevar un caballo a la isla. Bueno, porque Malanga era así: fantasioso, juguetón, farolero, músico, tamborero y vagabundo.

- Loco... loco... loco... tío Malanga loco... ¿trajiste confites?

Pero su amor y su locura, su juego con la vida, su terrorismo oceánico era justamente, porque amaba la vida; amaba a todo el mundo, a los niños, a quienes les traía de las costas y de sus tiendas los mejores confites; confites de rosa, olorosos a verdaderas rosas de Jericó... Y además porque él era muy animal, profundamente animal, al punto de amar tanto a las gentes como a los animales; su animalidad era el inefable cariño, poético por los animales. Acá en la isla, junto a su choza, bajo mangos y palmeras, en realidad tenía un zoológico: monos cariblancos, manigordos, ardillas, conejos, loros, papagayos y hasta una enorme tortuga llamada La Niña Rosita, en honor de su difunta madre. Los niños montados en su caparazón, navegaban en el mar con el propio Malanga, y Rosita se dejaba querer. En realidad era el paraíso, la biodiversidad humana más profunda, con la cual jugaba Malanga, por puro jugar: "es por puro joder que lo hago", solía decir.

- Sabes - dijo un zambito, al ver a Malanga tocar sus tambores y cantar- Malanga es dios.

Esta locura de Malanga la armonizaba, para un pasar, más que para vivir, con el tambor de su conjunto típico llamado: "Brisas isleñas". Cuando sus grandes manos repicaban el tambor, Malanga competía con el mar y sus oleajes. Y los sábados de ese mundo costeño y azabache, el muchacho plantaba cada cumbia que metía miedo, y el gentío gozaba en el meneo, la agarradera, el bailar con un ritmo primario de comerse el uno al otro, al son de Malanga. Como quien dice: "por puro joder". Se solazaba, reía, gozaba bajo el tremendo arripe de la cumbia, de los tambores de las negras caderonas y de las chiquillas quinceañeras, que en el éxtasis musical, se le blanqueaban hacia el cielo las pepitas de los ojos. Era su gente, la misma que freía plátano verde con manteca de coco, y comía huevos de caguama, ostiones, cambutes, cangrejos y mangotes; conchas, conchuelas y almejas crudas y longorones con arroz fututeado.

La pequeña isla era verde, circular y colorada; apresada en un mar pleno de reflejos turquesas y poblada de pelícanos grises, gaviotas blancuzcas y tizeretas flacas y negras. Malanga solía bucear madreperlas, estrellas de mar y hermosos corales multicolores, que regalaba a los niños. En el lugar sólo había unos ciento cincuenta habitantes con el giro de Malanga, de su color, su alegría y su talante. Tiraban la red, y vivían; subían los cocoteros, y bebían. La chiquillería solía trepar hasta los penachos de las altísimas jarcias y mástiles de las palmas, para ver más allá del mar. En la medida que escalaban, perpendicularmente la hermosura de esas palmas, con ellos también subía el trazo azul y lila de los horizontes, y allá decían: "mira cómo van los trasatlánticos, los barcotes, los veleros blancos!..."

De las chozas construídas sobre los altozanos pedregosos y súbitos, a la orilla del mar, prácticamente a saltos, las mujeres bajaban al agua que bullía de plateadas corvinas, de fugaces

camarones, langostinos y langostas, todos fáciles y listos para las renegridas ollas. Pero cuando las mareas eran bajas, Malanga prefería romperse la crisma, al sacar ostiones, porque según él, dizque: "eso daba sustancia de hombre"...

Ya se sabe pues, que en esta isla se decía que Malanga era además de todo, un gran jodedor de paciencia, tomador de guarapo fermentado, burlador de muchachas. Algunas chicas al verlo bailar, pensaban al igual que los chiquillos, que Malanga era dios. En realidad era medio santo y diablo y medio, como son todos los hombres y todas las mujeres. Tocaba su tambor, inventaba sones y tonadas. Cantaba: "Yo soy el toro rabón del mar...yo soy el peje timbaco". Los niños no sabían qué cosa era toro, pero sí el peje "timbaco", el más grande del mundo, la ballena, que a veces se arrimaba a la isla colorada. Malanga organizaba fiestas a la par que rezos; criaba sus animales, iba a los pueblos de la costa a realizar sus toques y bailes y le traía caramelos a los "pelaos".

Y fue por eso que se trajo un caballo negro de crin dorada, de allá de la costa, y para más tentación, potro entero, perfectamente cojudo. Pues esa vez, el dueño de la cantina, en donde tocó, alegó que el baile resultó un fracaso, no por la música que estuvo rebuena, sino porque cayó un aguacero de padre y señor mío. El patrón le ofreció al conjunto "Brisas isleñas" pagarle con un caballo fino, caminador, potro nuevo, aún sin capar. Los muchachos trasnochados se opusieron, porque no cabían todos sobre un caballo y menos en una isla en donde jamás había llegado una bestia así. Pero entonces le salió la chispa del demonio al Malanga y aceptó el trato.

Amaniatar el potro, echarlo a la orilla del mar, subirlo en un promontorio y meterlo en el bote fue una galana fiesta en el pequeño embarcadero, que trajo una mancha de gente novelera a ver el espectáculo. Malanga gozó: "cantidad" como solía decir.

Era entre lo claro y lo oscuro del crepúsculo, que al fondo tenía espolvoreado un torrente de resplandor de conchanácar. Los chiquillos, al ver la panga arrimarse a la playa, con una extraña

figura de animal o monstruo, como mascarón de proa, corrieron a los ranchos a gritar que venía un fantasma, por el mar, encima de la piragua de los músicos. Entonces el gentío acudió al arrimadero para ver la abusión, que luego resultó ser el caballo negro y su jinete, Malanga.

Los músicos echaron al potro y a Malanga al agua. Sobre la batahola de las olas, la bestia mordiendo la sal del agua, entre feroces relinchos oceánicos, nadaba como podía. Encima Malanga, dándole palmadas en la nuca del potro, en medio del griterío de la gente y del mar, el jinete condujo al brioso animal en forma maravillosa a un canto del arenal.

- ¿Viste?...¿ No te lo dije? Malanga es dios.

Era la primera vez que, en la vida real, los niños veían un pez con patas, un camarón negro, un cangrejo enorme y fugaz, resbaloso, brutal y supremamente hermoso con las llamaradas rojizas de sus crines.

- ¡ Caballomar...Caballomar !- gritó Malanga.

- ¡ Caballomar... Caballomar!- respondieron los niños.

Esa histórica noche los chicos hablaron muchas cosas:

- Para que tú sepas-dijo uno-Caballomar es un bicho, un fantasma azul que cayó del cielo al agua y de allí lo sacaron los músicos.

- ¡ Loco!... ¿Cómo se te ocurre? El cielo no podría con el peso de un animal tan grande. Lo que sucedió fue que Malanga, ¿tú sabes? se fue a tocar un baile, y la fiesta era en el fondo del mar. Allá abajo había un caracol rosado, grandísimo, como esta isla, y dentro del caracol, tocaba Malanga su tremenda cumbia. Y el rey del caracol le preguntó a Malanga: -"¿ dime muchacho, qué quieres tú?". Entonces Malanga respondió: -"regálame ese caballo negro con crines doradas...".

- Mentira, eso no es así. Mira, como Malanga es dios, él trajo un caballo del mar, porque mi abuela dice que en los fondos... ¡Uh!... allá hondo, hondo, hondísimo... también hay caballitos de mar. Y Malanga es dios, porque solamente él puede montar un caballo negro

sobre las olas. ¿ O ustedes fueron tan alelados, que no vieron que Malanga venía montado en el animal, chapaleando sobre las olas?... Bonitura de cosa, ¿no?.

Al día siguiente, algunos dijeron que habían soñado con Malanga quien corría caballos negros sobre la plata del mar y detrás correteaban gaviotas y tizeretas de todos los colores. Y en fin, como Malanga y sus chiquillos eran musicales, le dieron por nombre al animal: Caballomar...

Mientras estuvo Caballomar en la isla, el mundo era realmente, sobre todo para los niños, un mar de alegrías, galopes, relinchos,. Los zambitos aprendieron a montar en pelo; ya que en grupo hasta de cuatro "pelados" corrían a toda andadura por la fantasía del mar. Caballomar, en un principio, trajinado por estas correrías masivas, ya en las tardecitas caía rendido de los trotes. Pero con el tiempo se repuso de estas maldades; se alejaba del caserío y caminaba la isla orillando la playa colorada, y aprendió a comer, entre otras burundangas, cocos y mariscos. Era como el viento, libre; acá la gente marina no tenía alambres para encerrar tan poca tierra, ni los seres humanos usaban sogas, frenos ni monturas.

Pero cambió su rumbo infantil; se aburrió de su espíritu de juguete náutico y lúdico, ya que los muchachos insistían en afirmar que Malanga lo trajo de los fondos del mar. Y esto ocurrió en las vísperas del mes de mayo, mes de los caballos. Quién sabe porqué razón se percató de las mujeres. Como que lo pinchaban los nervios y se tornó arisco, huraño, mal geniado, montaraz y hasta grosero con los niños, resultó una gran pena para la chiquillería. Entonces quiso morder, patear, encabritarse, hacer cabriolas, pararse en dos patas, relinchar en la alta noche incluso, pedorrearse insolentemente sin tomar en cuenta a personas mayores.

Una mañana, sorpresivamente, Caballomar apareció en el pozo de aguas claras y dulces, en donde las mujeres iban con sus tulas y vasijas, a proveerse. Ver a las morenas desnudas y semipeladas, y tomarle carrera, eso fue una. Primero levantó el pescuezo dorado,

remangó el hocico, olió, relinchó y echó a correr detrás de las damas. Cundió el pánico entre las aguateras y lavanderas. Gritos horribles, estereofónicos, caracolescos de hembras despavoridas...saltos sobre filosas piedras.

Caballomar se había vuelto lo que era, un demonio fáunico. Muchachas en cuero treparon a las palmeras. Cuando los hombres y con ellos Malanga llegaron, por los gritos de las mujeres, Caballomar relinchaba debajo de una palma inclinada sobre la cual se había subido una mujer en pelotas. Le hicieron junta para poder arrastrar el potro alborotado, sumamente negro y con las crines encendidas como lenguas de fuego y cobre derretido.

Esa noche las mujeres atolondradas no pudieron agarrar la mecha del sueño y después contaron cosas increíbles:

- Mira, niña, en realidad Caballomar no es un caballo, sino un hombre castigado por algún pecado detestable y por eso, el diablo lo convirtió en caballo negro.

- ¡ Qué va, María Isabel!, ¿tú sabes? ese caballo es un caballo de verdad que Malanga sacó, ciertamente del fondo del mar. Me lo contó mi abuela Juana Bernabé; debajo del mar está la ciudad de la gente palenque. ¿ Y quién no sabe que Malanga anda en tratos con el diablo? Por eso Caballomar tiene los ojos verdes como la flor de azufre, y las crines de oro puro.

- Miren muchachas, lo último que me dijeron en el pozo, el otro día, nomasito, es que hace unas noches, con la luna llena, una mujer...no me pregunten quién... iba a buscarlo. Montaba desnuda el animal o entraba al agua, entre las olas tibias, porque a esa hora la mar está caliente como un sobaco... y la mujer se encariñaba con Caballomar, dentro de las aguas... Entonces, en esa calentura, Caballomar se volvía hombre joven, negro y más hermoso que Malanga y se daban gusto hasta el amanecer...

- No, niña loca... ¿ quién te dijo esa brutalidad? ¿Cuál de nosotras aquí anduvo en eso con Caballomar? ¿ Hay brujas aquí? Lo que le pasa a ese caballo, me lo dijo mi abuelo, porque él fue caballista por allá afuera y también vaquero, es que el potro no ha

sido castrado, está entero y solito en esta isla de dios o del diablo, comiendo coco, ostiones y cangrejos... ¡ja!... dígamelo a mí... pues oiga, cuando huele el almizcle de las mujeres se arrecha. Igual le pasa a los monos... ¿qué cuentos son esos de gente palenque y de los fondos del mar y vainas? Y dijo mi abuelo que o se llevan a esa bestia de la isla, o más de cuatro de nosotras vamos a quedar despaletilladas por esos arenales.

Por todas esas consideraciones, frente al palenque del negro Malanga llegó una manifestación de isleñas enfurecidas. Le imprecaron con palabras de magnitudes desconocidas. Le dijeron hasta: "Hijo de leña verde, cabrón" y hasta le mentaron la madre: "zambo canalla, llévate ese animal diabólico de la isla"...

Pero cuando la chiquillería supo de la protesta acudió con sus ojos derrotados a suplicarle al tío Malanga que no se llevara de nuevo el juguete de fantasía y de realidad, a las profundidades de la mar oceánica.

- Tío Malanga, no seas malo. Deja a Caballomar con nosotros.

Las mujeres están bravas, porque ellas no saben cabalgar sobre las olas.

Pero el pobre Malanga, tomado entre dos fuegos, ¿qué iba a hacer? Entró en razón; ya se había complacido con todas las diabluras y alegrías de los espectáculos de su animal, y sobre todo de su repentino amor por las isleñas, que lo llevó a tomarle carrera a todas. Entonces decidió regresarlo a la costa y venderlo a los comerciantes de caballos, para pagarle la vieja cuenta a los músicos y traerles caramelos de rosa y hasta chocolates a los zambitos tristes.

Ese día, en el embarcadero, se regocijaron las mujeres cuando transportaban, en el pequeño bote del conjunto "Brisas Isleñas" a Caballomar. Los niños apachurrados de adioses lilas, en coro le gritaban a Malanga:

- Malanga malo, ¿"oíte"?... No queremos más tus puercos confites...¿oíte?

- Esa bestia se va a morir -dijo el abuelo más viejo de la comarca-

Se alejó la barca con sus músicos y Caballomar al frente, como un mascarón de proa. Horas después, al alcanzar la costa, en el desembarco se produjo la misma fiesta de echar el animal al agua salada.

De pronto Caballomar alcanzó a ver, allá en la perspectiva del llano, al fin, una verdadera yegua alazana. Levantó la nuca hermosa, remangó el hocico, resopló, relinchó salvajemente y arrancó fugaz, como un rayo negriazul, casi transparente. Detrás siguieron, a toda carrera Malanga y los suyos. La yegua no pudo recobrase del pánico que le causó, en primera instancia, la súbita llegada del fantasma marino, pero no se opuso a la embestida del bólido de fuego. El potro se levantó sobre las patas traseras, alzó sus remos delanteros, se aplomó sobre el lomo; clavó los dientes de marfil entre las crines amarillas de la hembra y al penetrarla relinchó con un mugido, en sordina, del fondo del mar, allá en la infinitud de inmensas caracolas de sombras. Estuvo así un minuto y medio, como un siglo de éxtasis insondable.

Dejó de resollar, se le vidriaron los ojos verdes, dio un resoplido final, casi piano, y se ladeó, tumbándose al terreno, absolutamente muerto como un verdadero fantasma azul.

Arriba, el cielo se encapotó con un millón de tijeretas lapislázulis y negras, supremamente horrorizadas.

Santiago de Veraguas, 1983.

PABLO ÁNGELES

Hubo cierta vez un hombrecillo nombrado Pablo Ángeles, medio indio él o medio cholo, quien poseía un poder extraordinario. Con un gran sombrero de junco el individuo andaba en los ochenta años, pero daba la impresión de tener cincuenta.

Pese a tamaña edad Pablo Ángeles caminaba rectamente como un árbol; aunque, desde luego, es un decir, porque los árboles no caminan.

Vivía en un lugar de belleza tridimensional, de película: era una meseta verde, cual inmensa piedra de moler, sujeta por cuatro patas o cerros ocres, tirando a bermejo. En aquellos sitios, los buscadores de huacas, hallaban pectorales de oro, cerámicas pintadas con monos y lagartos; cascabeles, y collares de jaspe. Sin embargo, ahora la meseta verde bullía de arroyuelos y quebradas transparentes, espumas salpicantes y pájaros sonoros y ventrílocuos.

Y este asunto, el del viejo Pablo Ángeles, aconteció muchos años atrás, añales... cuando las realidades y las irrealidades no tenían las dimensiones de ahora. Pero allí están las mansas colinas, la meseta, de los días de Pablo Ángeles, como prueba testimonial de lo que paso a informar.

El encanto consistía en que Pablo Ángeles solía llevar consigo un gran paraguas, entre morado y gris, hecho de durísima tela, la que él mismo remendaba con irrompibles hilos de pita. El no temía a la lluvia, porque afirmaba que al mojarse retoñaba, como los viejos árboles. Y en aquella región llovía eternamente, como decir: todos los días, un llover delgadito, fresco y traslúcido. Ángeles

prefería mojarse bajo el bajareque de menudos rocíos pulverizados, aunque llevara el anunciado paraguas ceremonial. Entonces ¿cuál era la razón de semejante paraguas?... cuantimás que tenía un gran sombrero de junco amarillento, de alas anchas, superiores a la anchura de todos los sombreros conocidos en la comarca o en el mundo, que para el caso, era igual. Con tal atuendo, el hombre presumía de cacique o jefe, con tremendo talante, pese a sus años. Pero, claro con semejante sombrero, ¿así quién no?

Lo incomprendible de aquella meseta verde era que las gentes de Pablo Ángeles no trabajaban nunca y sobrevivían, bajo la fantástica dictadura del hombre, alegre y gozosamente. ¿Qué hacían? pues bailar solamente: un baila que baila; día y noche; nada más un bailar y bailar del mismo diablo, hasta la pura infinitud del universo.

Nadie podía dar cuenta del origen de aquellos altiplanos y del bailar, como forma de ser. Las noticias bajaban a los llanos y los hombres y las mujeres querían probar lo agrio y lo dulce de los pecados originales de aquel mundo bailarín o danzante y tomaban la ruta de la meseta verde de Pablo Ángeles. Ahora bien, se cuenta que la música era totalmente típica; puro típico, de la noche a la mañana siguiente, sin parar. Pero ¿saben?... no había músicos, ni conjuntos, ni orquestas típicas, ni absolutamente nada... sino música de violines, de acordeones, con acompañamiento de maracas, guácharas, tambores, voces de mujeres, de hombres y palmadas. Sin embargo no se veía a los ejecutantes, ni a las tales mujeres cantadoras; sino, solamente la propia música, como decir la luz; como decir, el agua; como decir, el ambiente. ¿De dónde manaba la música? Era un misterio, ni siquiera Pablo Ángeles lo conocía, y en eso estribaba parte del encanto; o sea, pues, la música afluía para bailar típicamente, entre un movimiento concreto e inconcreto, hasta el fin de la bolita del mundo, y las tonadas y cadencias, los repiques de tambores y las sonajas de las guácharas y demás instrumentos percusientes producían un estado vital de

placer, gusto humano, carnal y además suministraban una cierta alimentación de minerales, vitaminas y albúminas que los danzantes se trasmitían por el roce de los cuerpos y mediante la ósmosis del meneo y los remeneos de las caderas... pues vivían de bailar y bailaban de vivir.

Para algunas fechas memorables Pablo Ángeles permitía el uso de la chicha de maíz. El grano nacía espontáneamente, así porque así, sin que nadie lo sembrara, igual que la música. Pues había barbaridades de chicha agria y mareadora. Dicen que en las madrugadas transparentes organizaban en fila india a las bailarinas más viejas y de mejores colmillos y muelas ; el propio Pablo Ángeles entregaba una totuma de maíz pilado, a cada hembra, para que mascara y ensalivara el sagrado cereal, y así darle sustancia, medra y levadura de la raza. Entonces, a las pocas horas rebozaban las tulas llenas de chicha dorada como champaña de los diablos o dioses, que para tales efectos, daba lo mismo. Razón por la cual, la sociedad enchichada y alucinada por los sorbos de la chicha y los ritmos típicos cambiaba de estilo en el bailar.

Pues la gracia antigua lucía bien simple y monótona: se danzaba en rondas ; los machos, detrás de las hembras; las manos de los varones, en las caderas de las mujeres. ¡ Era tan lindo!....

Pero con la chicha, la calentura musical, los tambores repiqueteantes cerraban la cumbia, y cuando la luna se volteaba en la cuadratura del cielo, que para entonces era cuadrado, empezaban las criaturas a bailar amanojadamente y aquello era un embollamiento humano, como si estuvieran amasando la masa de la vida, para hacer bollos o tender tortillas, o amarrar tamales. Así no más era la cumbia.

En las calenturas de la vida de aquella meseta andaba el muy Pablo Ángeles, de primero, por cuanto él era el jefe de aquella parrandera existencia; el mandamás de los bailes, cuya música provenía de las electricidades de los aires, y en donde el bailar era el modo de ser de la humanidad.

Desde luego, con esta publicidad, alguna gente optaba por aventurarse hacia el paraíso de Pablo Ángeles, para vivir y morir bailando, pues resultaba bien chévere morir en esta coyuntura. Caravanas de individuos locos o normales iban tras de los llamamientos de las curachas, las danzas y los embolillamientos reales y surrealistas; mas cuando algunos se arrepentían y deseaban volver a su mundo, ya no podían regresar, pues el trato se había cerrado en los libros de azules piedras de Pablo Ángeles, quien hacía grabar los textos en lajas duras para siempre, perpetuamente.

Quienes contra su voluntad se quedaban en dichos campos danzantes languidecían con una tristeza tremenda, longitudinal, infinita, cerrada, inconsútil. Se trataba de una melancolía desconocida en el resto del universo de los hombres, ya que resultaba ser una desazón distintísima, pues el triste, sin embargo, tenía que bailar y bailar, cosa de nunca acabar, hasta el día final del gran susto humano.

Como en aquel espacio sólo era un bailar y no había otra forma ni modo de ser y existir, hasta los muertos se morían bailando, y según se cuenta, iban para la celestura de los otros estadios incorporales, con un zapateo fino y volátil, parecido al ballet inicial de la especie, en un adagio de maracas y tambores con sordina. Pero resultaba una colosal dolencia colectiva, la de quienes quedaban encantados en el baile que baila, y luego no podían retornar, aunque se arrepintieran y la condena los obligaba a estarse - por cuanto ya conocían la verdad original- en la meseta verde, las aguas verdes y las verdes lluvias, hasta quedar convertidos en piedras azules, en rocas bermejas y ágatas y esmeraldas radioactivas. ¿Y el asunto del paraguas? Pues consistía en que Pablo Angeles poseía el arte y la ciencia de volar con dicho aparejo. Decía: -"Allá voy "... - Nada más abrir el paraguas y el hombre empezaba a subir y a subir como un globo en fiesta patronal, y así ascendía el bultico hasta la altura de la ciudad transparente de los gallinazos, hasta la curumba de las nubes pálidas. Y de noche

también navegaba y parecía llegar hasta los corregimientos de la luna, hacia una tal lejanía tristísima e imponderable. El dicho hombre, con el tal paraguas, de que volaba, volaba, y además viajaba de un lado a otro de los territorios, con facilidad suma, así como un diosito. En su vida menuda y cotidiana, cualquier cosa podía prestar a sus iguales, menos su paraguas. Incluso solía dormir en el suelo pelado, como era la moda de aquel asentamiento, pero con el paraguas debajo de la cabeza, cual dura almohada. Mientras dormía, y a veces duraba uno o dos meses durmiendo, la sociedad continuaba su derecho en el bailar, sin poder coger el sueño, por culpa de la música que nunca tenía término. En este predicamento Pablo Ángeles gobernaba como emperador, aunque sencillo, con su perfil de indio o de cholo, la pata en el suelo, el sombrero ¿ y el paraguas ? Quizás sería el eslabón safo de las espirales de la historia no escrita y que supervivía, como decir: un helecho, un coral, un árbol, un dinosaurio o un caracol rosado y lapislázuli.

Con durísimos y blancos hilos de pita, Pablo Ángeles cosía el viejo paraguas. Ello explicaba que pudiera sostener su cuerpo, como un helicóptero, y aquel volar le daba al hombre su talante de pájaro divino y su gran poder político y musical.

Pero, claro, todo tiene su fin, y Angeles vivía rodeado de incomprensiones y de enemigos poderosos. Pues el señor alcalde de aquellas circunscripciones, un terrible sujeto de armas tomar, con el apoyo de las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, celosas del prestigio, la fama y el creciente poder de Pablo Ángeles, al cual, por mal nombre, le decían Pablo Paraguas, Pablo Diablo, Pablo Cholo... decidió caerle definitivamente encima al famoso promotor de la sociedad bailable. El alcalde razonaba de esta manera: -¿ "Cómo es esa vaina de aceptar que en este distrito alguna comunidad o región, viva sin trabajar y nada más en las curachas?...¿ ah?..."

La primera autoridad dispuso requerir por la fuerza de policía armada con escopetas y manducos, al delincuente y brujo. (Sin

embargo había temores de parte de los agentes represivos, pues la última vez que el propio gobernador de la provincia, por iguales razones, mandó a arrestar al rey de la meseta, los policías jamás retornaron al país de los cristianos. Uno de ellos, el más bravo y decidido se volvió laja; el otro fue convertido, por una linda mujer a la costumbre, y era uno de los más arrechos bailando).

Sin embargo esta vez los comandos de la represión habían tomado cursos de supervivencia en las selvas y mesetas y artes antiguerrilleros de parte de expertos norteamericanos, de forma tal que Pablo Ángeles era hombre perdido. Y justamente sorprendieron a Pablo Ángeles mientras dormía, a cielo abierto, su sueño de meses. Cuando despertó vio a los guardias que le apuntaban con espantosas carabinas, la región de los sesos. Sin embargo, los policías por dentro se morían de miedo, y por eso, para no volverse piedras de por vida, le permitieron al hombre, ya prendido de esposas, venir con su paraguas.

Ahora, entre los policías armados, el preso parecía cualquier baratija humana, despersonalizada; una figurilla pequeña, amarillenta y achurrada por la ancianidad; un simple mojón circunstancial. Más era don Pablo Ángeles, preso y todo.

Andando y andando, aún con gran susto, los gendarmes llegaron a una quebrada azul y silenciosa, límite del mundo, frontera entre la región de los bailes y el resto del universo - "¡Mierda!...- exclamó un soldado- lo jodimos... ahora este viejo puñetero pierde su fuerza y no puede hacernos nada".

Al arribar al poblado las gentes acudían a la plaza; al pequeño hombre le tiraban salivazos, insultos, huevos podridos, chupones de naranja, cagajones de caballos, pedazos de ñame, yuca, camotes. Pero también hubo ciudadanos que lo aplaudieron al verlo caminar rectamente como un árbol, sin achicarse, ni pedir perdón.

Lo encerraron en el viejo cuartel colonial y lo mantuvieron, varios días y noches, nada más a pan y agua.

Un día el alcalde, burlándose, le dijo así a Pablo Ángeles:- "Bueno, este relajo terminó. Todo cristiano, a trabajar. Los ricos necesitan aquí peones para sus faenas. Ellos pagan bien. Vengan a sudar el lomo, todos ustedes, haraganes y bailadores, cabrones y desgraciados de la meseta. Se acabó la curacha y el típico. ¿Trabajar para los hacendados?... eso lo mandó el mismísimo señor doctor don Jesucristo. Y yo lo ordeno acá, porque solamente así el mundo es mundo, ya que ni los dedos de las manos son iguales" -En este punto el alcalde subió el tono y el registro de sus órdenes y gruñó con más eco:-" ¡ Así que don Pablo Diablo te jodiste... Yo y no tú, soy el jefe del gobierno en este pedazo de barro que pisamos. Yo, autoridad legítimamente constituida, como fruto democrático de las pasadas elecciones. Y tú no eres más que un viejo pendejo y cuentista. Se acabaron, repito, los bailes y los embolillamientos, so cholo moñón."

Sin responder, y amojonado, Pablo Ángeles, dejó caer el chaparrón. Eran, en ese momento, las diez de la mañana y lucía el mundo clarito y transparente. Los guardias empujaron al hombre de la oficina del alcalde al patio del cuartel, metieron llave a la herrumbrosa puerta, con un enorme candado de garantizada marca. Allá quedó el hombrecillo con su remendado y gris paraguas.

El alcalde borracho, asomándose por la ventanucha y riéndose a carcajadas, en coro, con sus policías, gritó a Pablo Ángeles:-"¡ Ajá... cholo maricón, vuela ahora"...

Y don Pablo Ángeles, abrió el paraguas y ¡zas! ...empezó a subir, a volar, a subir rápidamente, como un helicóptero de televisión y se perdió en las verijas blancas y azulísimas del cielo.

Santiago de Veraguas
Septiembre de 1983.

